

bosquecillos y sus praderas», y aun «que obligue á los dioses á bajar al teatro, y al infierno mismo á desplegar su magia». No hay ningún teatro tan complejo; y es que jamás fué más completo al hombre.

III

En medio de esa expansión tan universal y tan libre, las pasiones tienen, sin embargo, un sello propio, que es inglés, porque ellas son inglesas. A la postre, en toda edad, en toda fase de civilización, un pueblo es siempre él mismo; vista lo que quiera, sayo de pelo de cabra, jubón dorado ó frac negro, los cinco ó seis instintos capitales que tenía en sus bosques le siguen á sus palacios y á sus escritorios. Hoy aún subsisten las pasiones militantes bajo la regularidad y el bienestar de las costumbres modernas (1). La energía y la rudeza nativa asoman á cada instante al través de la perfección de la cultura y de los hábitos del *comfort*. Los jóvenes ricos, al salir de Oxford, van á caza de osos al Canadá y á caza de elefantes al cabo de Buena Esperanza, viven en tiendas de campaña, boxean, saltan los setos á caballo, manejan sus *clippers* en las costas peligrosas, gozan en la soledad y en el peligro. El antiguo sajón, el *rover* de los mares escandinavos, no ha muerto. Hasta en las escuelas se pegan y maltratan los niños como hombres, y su natural es tan indómito que hacen falta los azotes y los golpes para someterlos á la disciplina de la ley. Júzguese de lo que

(1) Para comprender este carácter, véanse los papeles de James Harlow en *Richardson*, del viejo Osborne en *Thackeray*, de sir Giles Overreach en *Massinger*, de Manly en *Wycherley*.

eran en el siglo XVI: la raza inglesa (1) pasa entonces por «la raza más belicosa» de Europa, «la más temible en las batallas, la más rebelde contra todo lo que parezca servidumbre». «Los animales montaraces ingleses»: así los llama Cellini; y «las enormes tajadas» que engullen mantienen la fuerza y la ferocidad de sus instintos. Para acabar de endurecerlos, las instituciones trabajan en el mismo sentido que la naturaleza. La nación está armada; se educa á todo hombre como soldado; se le obliga á llevar armas según su condición y á ejercitarse los domingos y días de fiesta; desde los yeomen hasta los lores, la antigua constitución militar los tiene regimentados á todos y preparados para la acción. En un Estado que se asemeja á un ejército, es menester que los castigos sean terribles, como en un ejército, y, para agravarlos, aún está presente en la memoria de todos la horrible guerra de las dos Rosas que, á cada incertidumbre de la sucesión, puede reaparecer. Semejantes instintos, semejante constitución y tal historia presentan á sus ojos la idea de la vida con una severidad trágica; al lado está la muerte, y también las heridas, el tajo y los suplicios; el hermoso manto de púrpura que los renacimientos del Mediodía despliegan alegremente al sol como gala de fiesta, aparece aquí manchado de sangre y orlado de negro. Por todas partes (2), una rígida disciplina, y el hacha preparada para toda apariencia de traición; los más grandes personajes—obispos, un canceller, príncipes, parientes del rey, reinas, un protector—arrodillados sobre la paja, irán á salpicar la Torre con su sangre; uno á uno, vemos desfilar y pre

(1) *Hentzner's Travels*, Froude, t. I, páginas 19 y 52.

(2) Véase Froude, *History of England*, tomos I, II, III.

sentar el cuello al duque de Buckingham, á la reina Ana Bolena, á la reina Catalina Howard, al conde de Surrey, al almirante Seymour, al duque de Somerset, á lady Juana Grey y á su marido, al duque de Northumberland, á la reina María Estuardo, al conde de Essex: todos en el trono ó en las gradas del trono, en el apogeo de los honores, de la belleza, de la juventud y del genio; de esa brillante procesión no se ve volver más que troncos inertes en manos del verdugo. ¿Hablaré de las hogueras, de los ahorcados, de los hombres descolgados vivos de la horca, despanzurrados y descuartizados (1), de los miembros arrojados al fuego, de las cabezas expuestas en los muros? Página hay de Holinshed que parece una necrología: «El vigésimo quinto día de Mayo fueron examinados, en la iglesia de San Pablo de Londres, diez y nueve hombres y seis mujeres, naturales de Holanda», que eran herejes; «se condenó á catorce: un hombre y una mujer fueron quemados en Smithfield; á los otros doce se los envió á otras ciudades para que los quemaran.—El décimonono día de Junio se ahorcó y descuartizó en Tyburn á tres frailes de Charterhouse, y se expusieron en Londres sus cabezas y sus cuartos, por haber negado que el rey fuese el jefe supremo de la Iglesia.

Y también el día vigésimo primero del mismo mes, y por la misma causa, se decapitó al doctor Juan Fisher, obispo de Rochester, por haber negado la supremacía, y se expuso su cabeza en el puente de Londres. El Papa le había nombrado cardenal y le había enviado el capelo hasta Calais; pero la cabeza había caído antes de que el capelo estuviese sobre ella, de

(1) «Cuando se le arrancó el corazón, lanzó un gran gemido.» *Ejecución de Parry*, Strype, III. 251. Consúltese Lingard, IV, 259; Holinshed, II, 938.

modo que no se encontraron.—El 1.º de Julio se decapitó á sir Tomás More por el mismo crimen, es decir: por haber negado que el rey fuese el jefe supremo de la Iglesia. Ninguna de esas ejecuciones parece extraordinaria; los cronistas hablan de ellas sin indignarse; las víctimas van al tajo tranquilamente como si se tratara de la cosa más natural. Ana Bolena dice seriamente antes de entregar su cabeza: «Ruego á Dios que conserve al rey y le conceda un largo reinado, porque jamás hubo príncipe mejor ni más compasivo (1).» La sociedad se halla como en estado de sitio, en tal situación de tirantez que cada cual incluye en su idea del orden la idea del cadalso. Por todos los caminos de la vida humana se ve surgir el terrible artificio: los pequeños conducen á él lo mismo que los grandes. Una especie de ley marcial, implantada por la conquista en las materias civiles, se ha extendido de allí á las materias eclesiásticas (2), y ha acabado por invadir hasta el régimen económico. Como en un campamento (3), se prefijan y restringen los gastos, el vestido y la alimentación de cada clase; ningún hombre puede vagar fuera de su distrito, nadie puede permanecer ocioso y vivir á su albedrío. A todo desconocido se le detiene ó interroga; si no puede dar cuenta satisfactoria de su vida, ahí están los *stocks* (4) de la parroquia para magullarle las piernas; como en un regimiento, pasa por espía y enemigo. A todo el que ande vagando durante tres días, dice la ley (5), se le marcará el pecho con un hierro candente, y se le

(1) Holinshed, 940.

(2) Bajo Enrique IV y Enrique V.

(3) Froude, I, 15.

(4) Cepas.

(5) En 1547. *Pictorial history*, t. II, 467.

entregará como esclavo al que le deduncie. «Este tomará el esclavo, le dará pan, agua y desperdicios, y le obligará á trabajar, pegándole, encadenándole ó de otro modo, en cualquier género de trabajo, por abyecto que sea.» Puede venderle, legarle, alquilarle, traficar con él, «como con cualquier otro bien, mueble ó mercancía», y ponerle un aro de hierro en el cuello y en la pierna; si huye y está ausente más de catorce días, se le marca la frente con un hierro candente, y queda esclavo por toda la vida; si huye otra vez, se le mata. A veces, dice More, se ven veinte ladrones colgados en la misma horca. En un año (1) recibieron muerte cuarenta personas sólo en el condado de Somerset; y en cada condado había trescientos ó cuatrocientos ladrones y vagabundos que á veces se reunían para saquear formando partidas armadas de sesenta hombres. Mírese de cerca toda esta historia, las hogueras de María, las picotas de Isabel, y se verá que la temperatura moral del país, como su temperatura física, descuella por su rigor entre todas. La alegría no se saborea aquí como en Italia; lo que se llama *Merry England* es Inglaterra entregada á la expansión animal, al rudo transporte que comunican la alimentación abundante, la prosperidad continua, el valor y la confianza en sí; la voluptuosidad falta en este clima y en esta raza.—En medio de las bellas leyendas populares aparecen los lúgubres desvaríos y la pesadilla atroz de la hechicería. El obispo Jewell (2)

(1) *Pictorial history*, t. II, 907, año 1596.

(2) *Demonología* del rey Jacobo, estatutos del Parlamento de 1597 á 1613: «Un tal Scot (dice el rey Jacobo) ha tenido la avilantez de negar en un impreso público que hubiese hechicería, sosteniendo así el antiguo error de los saduceos, los cuales negaban que hubiese espíritus.» Véase el libro de Reinaldo Scot, 1584 (*Nathan Drake*).

declara ante la reina que «en estos últimos años se han multiplicado maravillosamente los brujos y las brujas». Hay ministros de la religión que afirman «que han tenido á un mismo tiempo en su parroquia diez y siete ó diez y ocho brujas, designando con ese nombre á las que podrian operar milagros sobrenaturales». Sus sortilegios «hacen palidecer las mejillas, secan la carne, atan la lengua, obstruyen los sentidos y consumen el hombre hasta que muere». Amaestradas por el diablo, «hacen unguentos con las entrañas y los miembros de los niños para cabalgar por los aires». Cuando un niño no está bautizado ó no se le preserva por la señal de la cruz, «van por la noche á sacarle de la cuna ó de la cama de la madre..., le matan..., y, después de haberle enterrado, le roban de la tumba para cocerle en una caldera hasta que la carne se vuelve potable.»

Es una regla infalible que cada quincena, ó por lo menos cada mes, toda bruja debe matar siquiera un niño. Era para dar diente con diente de espanto. Añádase á esto la suciedad y la extravagancia, los dichos soeces, todas las villanías que caben en la imaginación trivial de una vieja repulsiva é histérica: he ahí los espectáculos que deparan Middleton y Shakspeare, y que están en armonía con los sentimientos del siglo y con el temperamento nacional. Al través de los desahogos del estro cómico y de los esplendores de la poesía se trasluce la profunda tristeza. Han pululado las leyendas dolorosas; todo cementerio tiene su aparecido; dondequiera que se ha matado á un hombre ronda un fantasma. Muchas personas no se atreven á salir de su pueblo después de puesto el sol. Por la noche, durante la velada, se habla del coche que aparece tirado por caballos sin cabeza, con un

postillón y cocheros sin cabeza, ó de los espíritus infelices que, obligados á vivir á campo raso expuestos al cierzo penetrante, imploran el abrigo de un seto ó de un vallezuelo. Sueñan horriblemente con la muerte: «¡Morir é ir no sabemos dónde! ¡Yacer en la fosa fría y podrirse! ¡Esta vida cálida y palpitante trocada en tierra pastosa y pegajosa! ¡Y el espíritu dichoso sumergiéndose en corrientes ígneas ó habitando en páramos circuidos por un triple recinto de hielo, ó girando sin reposo en torno del mundo suspendido, á merced de ciegos vientos, ó en trance peor aún, peor que cuanto puede imaginar el pensamiento sin ley ni límite! ¡Es demasiado horrible! (1).» Los más grandes hablan de melancólica resignación de la obscuridad infinita que envuelve nuestra pobre vida vacilante, de esta vida que no es más que una «fiebre ansiosa»; de esta triste condición humana que no es más que pasión, desvarío y dolor de este ser humano, que no es quizá tampoco sino un vano fantasma, un doloroso ensueño de paciente. A sus ojos rodamos por una fatal pendiente, donde chocamos unos con otros á merced del azar, y el destino interior que nos impulsa no nos aniquila sino después de habernos cegado. Más allá de todo se encuentra «la tumba fría, donde ya no se oye nada: ni el alegre paso del amigo, ni la voz del amante, ni el consejo cariñoso del padre; donde no hay ya nada, donde todo es olvido, polvo, obscuridad eterna». ¡Y todavía si no hubiese nada! «¡Morir, dormir! Sí, y soñar quizá.» ¡Soñar lúgubrementemente, abismarse en una pesadilla semejante á la de la vida, semejante á aquella en que hoy nos revolvemos anhe-

(1) Shakspeare, *Measure for Measure*, III, 2, *Tempest*, *Hamlet*, *Macbeth*.—Beaumont and Fletcher, *Thierry and Theodoret*, acto IV.

lantes, gritando con voz ronca! He ahí su idea del hombre y de la vida: idea nacional que llena el teatro de calamidades y desesperaciones, que pone ante los ojos los suplicios y las matanzas, que prodiga la locura y el crimen, que presenta por doquiera la muerte como desenlace. Una bruma amenazadora y sombría cubre su espíritu como su cielo; y la alegría, como el sol, no luce aquí más que violentamente y á ratos. Son otra gente que las razas latinas, y en el renacimiento común renacen de otro modo que las razas latinas. El libre y pleno desarrollo de la Naturaleza pura, que en Grecia y en Italia conduce á la pintura de la belleza y de la fuerza dichosa, conduce aquí á la pintura de la energía feroz, de la agonía y de la muerte.

IV

Así nació este teatro, teatro único en la historia, como el momento admirable y pasajero de donde surgió, obra y retrato de esa joven sociedad, tan natural, desenfrenado y trágico como ella. Cuando brota un drama original y nacional, los poetas que le erigen llevan en sí mismos los sentimientos que representa: manifiestan mejor que los otros hombres el espíritu público, porque el espíritu público es más poderoso en ellos que en los otros hombres. Las pasiones ambientes claman en su corazón con acentos más justos y penetrantes; y por eso su voz es la voz de todos. La España caballeresca y católica encuentra sus intérpretes en visionarios y Quijotes: en Calderón, soldado primero, y sacerdote después; en Lope, enamorado exaltado, due-